

**EL PUERTO DE SANTA MARÍA DE MEDIADOS DEL SIGLO XVIII
SEGÚN EL JESUITA JOHANN JACOB BAEGERT**

**MID-18TH CENTURY EL PUERTO DE SANTA MARÍA AS SEEN
BY THE JESUIT JOHANN JACOB BAEGERT**

Resumen: Las cartas que entre el 11 de agosto de 1749 y el 12 de enero de 1750 escribió el sacerdote jesuita Johann Jacob Baegert a sus familiares (residentes en la localidad alsaciana de Schelettstad) desde El Puerto de Santa María (en cuyo Hospicio de Indias permaneció varios meses de tránsito hacia las misiones jesuitas en América) constituyen un testimonio de notable interés para el conocimiento de la sociedad portuense de mediados del siglo XVIII. Pues, aunque influida por ciertos prejuicios y por una incómoda estancia en la ciudad, la visión de Baegert sobre El Puerto de Santa María incluye informaciones objetivas que contribuyen a un mejor conocimiento de la vida de esta ciudad en época tan crucial.

Palabras clave: Alsacia, Compañía de Jesús, Hospicio de Indias de El Puerto de Santa María, sociedad del siglo XVIII.

Abstract: The letters written between 11th August 1749 and 12th January 1750 by the Jesuit priest Johann Jacob Baegert to his relatives (who lived in the Alsatian city of Schlettadt) from El Puerto de Santa María (in whose *Hospicio de Indias* he remained several months in transit to the Jesuit missions of America) constitute a remarkable testimony to improve our knowledge of the society of El Puerto de Santa María in the mid-18th century. Baegert's overall view of El Puerto de Santa María, though influenced by certain prejudices and an uncomfortable stay in the city, includes objective information which contributes to a better understanding of life in this city at a crucial period.

Keywords: Alsace, Society of Jesus, *Hospicio de Indias* of El Puerto de Santa María, 18th-century society.

Por fin, con las primeras luces del alba del domingo 6 de julio de 1749, después de treinta y nueve largos días de singladura, cuando se presuponía que la travesía desde Génova no duraría más de dos semanas, un carguero inglés de unos cuatro metros de manga por cerca de cinco de eslora, de tres palos y armado con diez cañones, consiguió virar hacia estribor bordeando la ciudad de Cádiz y entrar en su ansiada bahía. El viaje, para sus dieciséis marineros y treinta y nueve pasajeros, había sido tedioso desde el mismo 29 de mayo, por la tarde noche, en que, tras levar anclas, iniciaron la navegación. En el sugestivo mar

* Grupo de Estudios Históricos Esteban Boutelou. Universidad de Cádiz. Correo-Emanuel.pacheco@uca.es
Fechas de recepción, evaluación y aceptación del estudio: 19-X-, 27-X y 24-XI-2011

Mediterráneo habían debido soportar largos días de calma, y cuando el viento les fue favorable, sopló con más fuerza de la que hubieran deseado, para acto seguido presentarse un fuerte vendaval contrario que les hizo retroceder, perder gran parte de lo surcado, e incluso les llevó a un punto anterior al que se encontraban cuando se inició la calma. A pesar de la resignación con la que se embarcaban los que debían desplazarse por este medio náutico, de la paciencia que llevaban entre sus pertenencias desde el primer momento de saltar a bordo, de poner un pie entre las maderas flotantes que les debían dar cobijo durante un tiempo indeterminado, su nerviosismo se fue haciendo más intenso con el amanecer de cada día cuando observaban que no avanzaban, cuando estuvieron a punto de ser abordados por un barco que creyeron pirata, aunque el momento más álgido de la intranquilidad llegó cuando habiendo atravesado el Estrecho de Gibraltar, abandonando el mar para adentrarse en el océano, enfilaron el cabo de Trafalgar y se introdujeron en los peligrosos bajos rocosos conocidos por los nombres de piedra de las Ánimas, piedra Phare, el bajo Piles, y de manera especial el que acoge en sus fondos muchos navíos que no supieron esquivarlo, el renombrado de la Aceitera, del que consiguieron salir ilesos no por la pericia del capitán sino por el buen conocimiento que de la zona tenía uno de los pasajeros, quien alertó sobre los peligros que corrían en aquellas aguas, pues con razón se decía, y se sigue diciendo entre los marineros de la zona, que para atravesar los bajos de la Aceitera hay que navegar “muy a tierra por un pequeño canal, o muy a la mar alejados de la costa.”

Ya fondeados en la gaditana bahía, con el sol naciente, los pasajeros pudieron observar, asomados por la borda, la bella silueta de la ciudad de Cádiz en la que sobresalía la Catedral Vieja,¹ la Nueva² que se encontraba en fase constructiva, y las muchas torres miradores de los cargadores a Indias que, como periscopios, se asomaban por las azoteas oteando el horizonte marino con la esperanza de ver la arribada de algún barco familiar portador de noticias y de actividad comercial.

Así pasaron las horas a la espera de que desde la Casa de la Contratación llegaran las autoridades sanitarias que debían inspeccionar la embarcación,

¹ Se inició la construcción de la Catedral Vieja o Iglesia de la Santa Cruz en tiempos del rey Alfonso X el Sabio, durante el papado de Urbano IV, sobre los restos de una mezquita árabe con la intención de que el propio rey fuese enterrado en ella, aunque, acaecida su muerte en Sevilla, lo fue en aquella ciudad. (Ved Fierro Cubilla, Juan Antonio, 1992: 89-100).

² Comenzó a fabricarse en 1722 bajo la dirección del arquitecto Vicente Acero Arebo. En su prolongada construcción, con periodos de total inactividad, intervinieron también Gaspar Cayón, Torcuato Cayón, Miguel Olivares, José Prat, Manuel Machuca y Juan Durán, dándose por concluida las obras en 1853, aunque el templo había sido consagrado en junio de 1838 por el obispo fray Domingo de Silos Moreno. (*Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Provincia de Cádiz*, 1985).

determinando las medidas de cuarentena que tendrían que soportar antes de desembarcar. Cuando éstas llegaron, cuando el capitán les presentó el diario de navegación y la patente de sanidad, hicieron una rutinaria inspección, pues el puerto del que procedía no suponía un riesgo, un foco de contagio para la población, por lo que determinaron fijar seis días, que luego fueron cuatro, los que los pasajeros debían seguir balanceándose sobre las aguas antes de tocar tierra firme. Después de lo soportado esto era poca cosa, pero luego resultaron cuatro días interminables. Por una parte se padecía el ansia de concluir el viaje, de poner pie en tierra, aunque lo más penoso fue el soportar el fortísimo viento de levante que no permitía estar en cubierta, por lo que debieron guarecerse en el sollado donde la respiración era insoportable, tanto por el característico y nauseabundo olor que allí solía imperar, como por las altas temperaturas que acompañan a este viento en la zona, y a la extremada sequedad que produce en el ambiente durante los meses del verano.³

Con el amanecer del quinto día concluyó el calvario y empezó el desembarco. Unos, en especial los comerciantes, marcharon con sus enseres a la renombrada ciudad de Cádiz, y diecinueve jesuitas, diecinueve hombres de fe que se habían comprometido en dejar la vieja Europa para marchar al nuevo mundo en misión evangélica, navegaron en pequeñas barcas al golpe de los remeros que, con el fuerte viento reinante, salpicarían el agua salitrosa sobre sus rostros, cosa que se apetecería, al encuentro de las playas de El Puerto de Santa María⁴, en la desembocadura del río Guadalete, donde sus aguas en el encuentro con el mar formaban una ancha ría, y donde, junto a la ermita de la Virgen de Guía, la de los marineros, se levantaba el Hospicio de Indias de la Compañía de Jesús, la casa de acogida para los seguidores de San Ignacio que debían esperar el momento oportuno para iniciar la gran travesía oceánica, y con ella ir al encuentro de unas nuevas tierras desconocidas y enigmáticas.

³ Así describe el padre Baegert, en su carta del 11 de agosto de 1749, el habitáculo que se le asignó en la nave para realizar la navegación de Génova a Cádiz: *“El camarote o la habitación del barco tenía aproximadamente doce pies de anchura y dieciséis de longitud. Nueve misioneros de nosotros dormíamos aquí, los otros fuera en una clase de antecámara. Odiaba el camarote, y durante cuarenta y un días, [realizó un error de cálculo pues en realidad fueron treinta y nueve] que fue el tiempo que estuve en el barco, no permanecí más de tres horas allí además del tiempo necesario para dormir. Algunas veces incluso no la veía desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche, porque en esta habitación, por diferentes razones, había un olor detestable.”* En otro momento en que relata cómo por un fuerte temporal no tuvo más remedio que guarecerse en él, con su lenguaje irónico, dice que [...] *fue una inusual juerga nocturna.*

⁴ Siempre que aparezca “El Puerto”, con mayúsculas, hacemos referencia a la ciudad de El Puerto de Santa María.

Johann Jacob Baegert⁵ era una de los diecinueve jesuitas que componían el grupo de los que habían sido desembarcados y alojados en el Hospicio de Indias de El Puerto a la espera de que se les asignara destino misional en Indias, que en su caso sería a Nueva España, a la Baja California, donde desarrollaría una importante misión hasta el momento de la expulsión por Carlos III en 1767, en que de nuevo, esta vez desterrado, retornaría a El Puerto.⁶ Había nacido el 22 de diciembre de 1717 en la localidad de Schelettstad, en la Alsacia francesa, en la zona del Bajo Rin y al sur de Estrasburgo, en el seno de una familia profundamente católica. Su padre, Michel, fabricante de guantes de piel, y su madre Magdalena, tuvieron 7 hijos, cuatro varones y tres mujeres, de las que sólo una contrajo matrimonio; los cuatro varones fueron religiosos: uno secular, uno capuchino y dos seguidores de San Ignacio de Loyola, entre ellos Johann Jacob. Éste, cuando contaba 19 años y después de haber estudiado filosofía, el 17 de septiembre de 1736, ingresó en la Compañía de Jesús en Maguncia, en la Renania-Palatinado. Después de sus primeros años de andadura entre ignacianos, y de concluir sus estudios, fue profesor en la Universidad de Hagenan, en la Alsacia, de donde pasó a Bockenheim en Lorena. En esta ciudad, cuando tenía 31 años, solicitó ser destinado como misionero al Nuevo Mundo. Como a otros tantos, no le importaba las distancias, ni el miedo a lo desconocido, quería comprometerse, aún más, con sus ideales y con su orden. A tal fin, el 10 de febrero de 1749 partió al encuentro del puerto de Génova, desde donde debería realizar su primera travesía marítima, en esta ocasión hasta Cádiz. Por tierra, por caminos polvorientos, en carretas, en coches de postas y en pequeñas barcas debió atravesar media Europa. Cruzó altas montañas entre helados y escarpados riscos desde donde la mirada hacia el fondo del valle se perdía en el abismo; en ocasiones, a pie, tuvo que vadear tumultuosas aguas, y en otros casos en débiles embarcaciones, si la profundidad y bravura de las mismas lo requería. En estas condiciones cruzó Ettlingen, Stuttgart, Ulm, Augsburg, Innsbruck, Trento, Brescia y Milán, hasta que el día 20 de marzo, después de cuarenta días de viaje, consiguió llegar a Génova.

Tras esta primera etapa de su gran viaje, y en esta ciudad donde debió residir más de dos meses a la espera de embarque para proseguir su viaje hacia Cádiz, puso manos a la obra de escribir extensas cartas a su familia, una parte,

⁵ Pacheco Albalate, Manuel (2011: voz Baegert); O'Neil, Charles, y Domínguez, Joaquín María (2001); Polgar, László (1990).

⁶ Del grupo que desembarcó en la bahía gaditana con el padre Johann Jacob Bergert, regresaron extrañados a El Puerto, de donde habían partido a las misiones de ultramar, los padres Ignacio Frish y Francisco Javier Stengel que se hallaban en Filipinas; Nicolás Sucichi en Perú; y Maximiliano Gil Lamberta y Juan Sager, quienes también se encontraban en Nueva España. Todos ellos eran oriundos de Centroeuropa.

más concisa, informándoles de su estado de salud, de su ánimo, de cómo afrontaba su gran aventura, y otra, mucho más extensa y meticulosa, al estilo de los muchos diarios que escribieron los misioneros jesuitas del siglo XVIII, describiendo las impresiones que le causaban las ciudades, los campos y mares que atravesaba, las personas que las habitaban y navegaban con las que entró en contacto, de sus modos y costumbres de vida y, casi siempre, en una constante comparación con los lugares que le vieron nacer y en los que había pasado su juventud. Pensamos que estas largas epístolas, escritas con letra menuda y en latín, a excepción de una entrañable que remitió a su madre en alemán, iban tanto dirigidas a su familia como al entorno religioso de la Compañía que él había abandonado para ir a misiones.⁷

A nuestros días han llegado diez cartas, que fueron traducidas al alemán, y con posterioridad al inglés, escritas en las tres etapas fundamentales de su viaje. Una desde la antes dicha ciudad de la costa oeste de Italia, desde Génova, relatando todo el tránsito que tuvo que realizar por tierra atravesando media Europa; tres desde El Puerto, cuyo relato refiere la navegación por el Mediterráneo y la llegada a la ciudad, según él, *puerto de María Santísima*, y de su estancia en esta ciudad donde convivió con sus vecinos el tiempo de catorce meses y donde, en su Hospicio de Indias, realizó su tercera probación⁸; otra carta envió desde la ciudad de México, recién llegado a las tierras americanas; y las cinco restantes desde la misión de San Luis Gonzaga de indios guaicurúes, donde realizó toda su actividad misional americana.

De la correspondencia, de los escritos que remitió el padre Baegert a sus familiares a lo largo del viaje y de su estancia en misiones, (nueve a su hermano Francisco-Javier y uno a su madre) para nosotros tiene interés especial los fechados entre el 11 de agosto de 1749, recién llegado a la ciudad de El Puerto, y el 12 de enero de 1750, ocho meses antes de reiniciar la navegación, ya que en ellas narra, relata con detalle, las costumbres, hábitos, tradiciones y cultura de los portuenses de mediados del siglo XVIII, proporcionándonos un mejor conocimiento de aquella sociedad, desde un punto de vista antropológico y etnográfico, y todo ello de la pluma de una persona ajena a la ciudad, extranjera, que se introduce en un país lejano al suyo con una mirada atenta y crítica sobre todo cuanto encuentra, cuanto le rodea. Sí hemos de dejar constancia de que este

⁷ Schulz-Bischof, Elsbeth (1982).

⁸ Durante la fase de varios meses de probación, el sacerdote jesuita hacía cuatro semanas de Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Todo en silencio máximo, y con sólo tres días de descanso mental al acabar cada una de las semanas. Lo hacían con recogimiento y con algunas *pruebas*.

jesuita provenía de una ciudad con dilatada historia, que había sido centro de difusión del humanismo en los siglos XV y XVI, y que contaba con renombrados edificios como su iglesia de San Jorge, de estilo gótico, construida entre 1220 y 1500, por lo que siempre cuando escribe, lo hace realizando una constante comparación con ella a la que sobrevalora con facilidad. En palabras de mi buen amigo Gaizka de Usabel, quien desde su residencia en Hollywood, en los Ángeles, tuvo la gentileza de hacerme llegar estas cartas, el padre Baegert “[...] ridiculiza cuanto no se acomoda a sus costumbres alsacianas, o no llega a la altura de la elegancia germana.” Pensamos que, no obstante sus muchas cualidades, era un personaje quisquilloso, meticuloso, cuadriculado, que en todo encontraba un “pero”, y la ocasión para hacer comparaciones haciendo resaltar lo suyo. Empezaba por ensalzar lo que le llamaba la atención, lo diferente que no estaba acostumbrado a ver, para ir de inmediato a confrontarlo con su tierra natal, realizando un comentario irónico y arrogante. En contadas ocasiones se rinde a la evidencia como cuando atraviesa los Alpes:

[...] las montañas del Tirol, si uno mira hacia los picos individuales parecen tan altos como las montañas de Alsacia. Sin embargo tan pronto como uno culmina un pico, tiene otro tan alto como el anterior enfrente de él; por lo tanto las montañas del Tirol son mucho más altas que las de Alsacia.

No obstante esta manera de actuar, de ser, y la dificultad de interpretar exactamente lo que quiso decir después de las tres traducciones que se han realizado a otros tantos idiomas, que condiciona de alguna manera la interpretación de los comentarios que realiza, para nosotros tiene un valor especial en tanto en cuanto refiere como debió ser El Puerto de aquellos años.

Hemos relatado hasta aquí su viaje a través de media Europa, así como la navegación que efectuó por el Mediterráneo hasta arribar a la ciudad de El Puerto, sin detenernos en los muchos testimonios que inserta pero que a nosotros no nos incumbía. Por el contrario a partir de aquí, con el padre Baegert entre los portuenses, analizaremos meticulosamente cada una de sus citas agrupándolas, según tengan conexión unas con otras, en diversos apartados que nos conducirán a hacernos una idea de cómo era la localidad y sus gentes a mediados del siglo XVIII. Entremos en materia y veamos sus impresiones, lo que él define como *observaciones de las peculiaridades españolas*.

I. la ciudad de El Puerto y su clima

Dice ser ésta una de

[...] *las ciudades españolas no más pequeñas, aunque no tan grande como Cádiz pero de cualquier forma más pequeña que Schelettstad,*

O sea, era una ciudad importante⁹, aunque no llegaba a la admirada y famosa de Cádiz por aquellos años, aunque de inmediato saca a relucir la consideración de lo suyo como lo mejor, comparándola con su lugar de nacimiento. Prosigue afirmando que

[...] *se encuentran en este puerto una serie de monasterios¹⁰ y muchas casas construidas de una manera moderna, pero no a la manera española. Eso quiere decir que carece de los pequeños balcones que se encuentran en otros sitios de España enfrente de casi todas las ventanas.*

De esta cita analizamos varios aspectos. Uno, respecto a la arquitectura civil que sobresalía en la ciudad por aquellos años, que llamó su atención, y que rodeaba la Plaza del Polvorista y sus aledaños donde se hallaba el Hospicio de Indias, eran las suntuosas casas de los cargadores a Indias construidas, en su mayoría, a finales del s. XVII y principios del XVIII, y que, por supuesto, no eran las viviendas comunes de todos los españoles. Entiéndase la casa de Roque Aguado, la de Vizarrón, el palacio de Aranibar o el de Valdivieso, entre otros. El segundo es con respecto al párrafo de la cita:

[...] *carece de los pequeños balcones que se encuentran en otros sitios de España enfrente de casi todas las ventanas.*

⁹ Según las *Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*, en 1752 la ciudad de El Puerto de Santa María ocupaba el tercer lugar del Reino de Sevilla detrás de Cádiz y de la capital hispalense, en cuanto a rentas generadas por la actividad industrial y comercial. Véase Iglesias Rodríguez, Juan José (1992).

¹⁰ La ciudad contaba con ocho comunidades de religiosos repartidas entre los conventos de Santa María de la Victoria, San Francisco de la Observancia, San Agustín, San Antonio de los Descalzos de San Francisco, Santo Domingo, San Juan de Dios, el colegio de San Francisco Javier de la Compañía de Jesús, y el Hospicio de Indias de la misma Compañía; los de religiosas eran: el convento del Espíritu Santo, el de Santa María de la Concepción y el de las Reverendas madres Capuchinas. (Ruiz de Cortázar. Anselmo José, 1997).

Nosotros creemos que, con carácter general, se refiere a la existencia de muchos menos balcones que ventanas. La diferencia entre unos y otras, como bien sabemos, está en su amplitud. Mientras los primeros arrancan desde el suelo de la habitación y transmiten mucha luz, y con ella el calor y el frío ambiental, los segundos elementos sólo abarcan una pequeña porción de la estancia con el fin de obtener ventilación, como primer objetivo, y después dejar pasar una menor cantidad de claridad. Toda vez que esta ciudad tiene una gran luminosidad, con inviernos muy templados y veranos calurosos, no era necesario que existiesen muchos balcones y sí ventanas, al contrario de otros lugares donde las condiciones climáticas son totalmente diferentes, es decir poco sol y muchos cielos entoldados. Aún hoy podemos observar en El Puerto cómo los grandes balcones, y también las ventanas de los cascos de bodegas, son cubiertos durante el verano por grandes esterones de esparto que dejan pasar el aire pero no la intensa luz, creando un ambiente fresco y confortable. Este detalle no se le pasó por alto al detallista padre Baegert. Es más, nos confirma lo expuesto cuando en otro momento expone que:

[...] aquí no se conoce el invierno. Nunca se siente mucho frío, ni incluso por las mañanas como acostumbramos a tener en Alsacia hacia el comienzo de octubre. El clima, por Navidad, es tan agradable como en Pascua de Resurrección en Alsacia, por eso las mujeres no paran de usar sus “rebozos”¹¹, y no lo dejan durante todo el año. He dejado de sorprenderme, como al principio de estar aquí, de que no hubiera ni ventanas ni estufas en las casas.

Sí nos llama la atención, en estas primeras citas, su comparación con otras zonas de España, pues ¿cómo pudo hacerla si, por problemas de navegación, sólo había tocado suelo hispano durante unas breves horas en la costa malagueña de Fuengirola?

El 3 de julio todos nosotros, excepto dos, fuimos a tierra. Después de decir misa en la capilla de Fuengirola, comimos en casa del comandante de este lugar.

Intuimos que el concepto general que tenía de la vivienda del sur de España lo tuvo que recibir en sus charlas con otros compañeros jesuitas que se hallaban

¹¹ En el original en latín aparece “rebozo” que podemos entender por el pañuelo grande que con gracia las mujeres dejaban caer sobre sus hombros, o sobre la cabeza, prendido del rodete, de color claro en las jóvenes y siempre oscuro en las de más edad, siendo conocido bajo los nombres de mantón, pañoleta, toquilla, o toquillón.

con él en el Hospicio, quienes deberían tener un mejor conocimiento de la zona, o a través de cartas o escritos que hubo de leer sobre esta región antes de llegar aquí, aunque donde mejor recrea la vivienda portuense es en la siguiente descripción:

En España la arquitectura de sus iglesias, así como su delicadeza y adornos, no se pueden comparar con las de Italia. También las casas están generalmente construidas de diferente forma que en otros sitios. Son de una sola planta y tienen como entrada una grande y ancha puerta. Junto a esta se encuentran en vez de ventanas, dos, tres o cuatro agujeros cuadrados, que descienden hasta el suelo. Exteriormente cuentan con puertas de hierro, en el interior con contraventanas de madera. Detrás de la puerta mencionada hay un pequeño patio; detrás de éste otra puerta; detrás de ésta, sin embargo, se encuentra generalmente un pequeño y placentero jardín con algunos árboles. Y aquí a la derecha se hallan las habitaciones y salas, casi al modo monástico Cartujo.

Con respecto al clima de la bahía gaditana, sabemos que la zona, mitad mediterránea y mitad meridional atlántica, es ventosa como desde la Antigüedad han escrito los historiadores de los muchos pueblos que por aquí pasaron, e igualmente, en el lenguaje habitual y coloquial de sus pobladores, siempre se habla y se comenta sobre los vientos que soplan, pero de una manera especial de uno que lo hace con cierta intensidad en los meses de la canícula alterando la vida diaria de sus gentes. Nos referimos al Levante, viento seco y cálido que llega a la zona a través del Estrecho de Gibraltar, donde se encajona alcanzando una considerable velocidad que en ocasiones llegar a adquirir rachas que rondan los 85 Km/hora y por periodos, que parecen interminables, de varios días. Aunque bastante molesto, es beneficioso para el entorno, pues seca, elimina, gran parte de la humedad que las mareas producen al inundar, dos veces al día, la superficie de su entorno, debido a la escasa altitud que separa la tierra del nivel del agua del mar.¹²

Este clima debió imperar cuando nuestro jesuita arribó a la región, impresionándole y ocasionándole un malestar general, que describirá en varias citas como ésta, aunque nos llama poderosamente la atención tanta insistencia pues en su Alsacia natal la temperatura media para estos meses de julio y agosto es solamente dos o tres grados inferior.

¹² Palomares Losada, Ana-María (2002).

El calor en esta zona es inmenso, aún más que en cualquier lugar, moderado a través del océano, el arroyo fluyendo y los vientos eternos soplando sin interrupción. Todo el mundo todavía está usando las ropas de invierno que trajeron consigo. Los españoles también usan prendas hechas de lana, algo más ligeras que nuestras ropas de invierno, pero no se pueden comparar con nuestras ropas usuales de verano. Tratamos de luchar contra el calor con anchos y abiertos alzacuellos y cortando el pelo corto. Pero no hay medios contra este calor; y más cuando no disponemos de un jardín. El vino se mantiene en una cámara. La fuente está constantemente expuesta al sol y además el agua en el depósito se halla después de las tuberías de entrada.

En su misma línea, y con su ironía característica, cuenta cómo pasaba las noches en el Hospicio debido a la altura de su dormitorio, al calor sofocante que desprendía el techo, a lo pequeña que era la ventana por la que le entraba aire fresco, a los animaluchos que le visitan, y los mosquitos que le acechan, a los que llama “papá piernas largas”:

Nadie puede tirar una piedra dentro de la ventana de mi habitación. En el techo no hay vigas y finos ladrillos como en las otras habitaciones. Vivo en la cuarta planta, bajo el techo, sobre el cual brilla el sol a lo largo de todo el día, igual que lo hace en el techo enfrente de mi lumbre. ¡Se puede imaginar cuán fría debe ser la habitación! Normalmente duermo con la puerta y la lumbre abiertas, sin importarme las entradas y salidas de gatos, murciélagos, y también lagartijas y arañas. Pero de estas últimas no he visto ninguna hasta ahora. Por la noche me tapo con solo una sábana de lino. Uno se puede acostumbrar a todo, hasta a la simple agua en las comidas¹³. Muchas noches ni yo ni otros hemos cerrado un ojo por culpa de papá piernas largas. Ahora he alargado mi sábana así que puedo cubrirme por entero y dormir en paz mientras las moscas van zumbando y corriendo a mí alrededor.

Y por último, el 31 de julio, fiesta de San Ignacio, fundador de la Compañía, tomó una nueva medida para mitigar el calor que padecía:

¹³ Clara alusión a que el vino se servía en contadas ocasiones, cuando era habitual entre ellos, y que cuando se suministraba se hacía con mucha mesura.

Desde el día de la fiesta de San Ignacio, uso una vieja prenda española de camelote¹⁴ y le pedí permiso al Padre Superior para hacerme otra más ligera. Es tan ancha que dos de nosotros podríamos introducirnos por el alzacuello.

II. El Hospicio de Indias

Cuando en 1717 la Casa de Audiencia de Indias, más conocida como Casa de la Contratación, fundada en 1503 para controlar la navegación, el comercio y las personas, ya marineros ya pasajeros, que viajaban al Nuevo Mundo, se trasladó, por diferentes motivos logísticos, de Sevilla a Cádiz, la Compañía de Jesús, que dependía de ella en las diligencias que debían realizar sus comisarios para obtener las correspondientes reales órdenes de concesión de las expediciones de misioneros que marchaban a Indias, decidió seguir su estela desplazándose a los alrededores de la bahía gaditana con el fin de estar más próximos a la institución. Así, buscaron un lugar adecuado para agrupar a los miembros que compondrían las expediciones en tanto en cuanto se producía la partida, y para tal fin eligieron la ciudad costera de El Puerto, en el mismo centro de la bahía de donde partían los navíos.

En 1729 se inició la construcción del Hospicio de Indias, también conocido como Casa de Misericordia, y en 1735 ya estaba concluido.¹⁵

A este edificio, que según todas las referencias que hemos hallado fue considerado como una excelente construcción¹⁶, contrariamente a lo que el padre Baegert en ocasiones expone, vino a alojarse él. Constaba de una planta baja, un primer y segundo piso, y dos torres rectangulares y simétricas en las esquinas, con dos plantas cada una. Por lo que relata en la cita anterior de que su aposento se encontraba en la cuarta planta, efectivamente ésta era la última altura, y sobre las tejas que remataban su estancia, el sol proyectaba sus rayos en las horas centrales del día con toda su fuerza, creando un espacio mucho más caluroso que

¹⁴ Tejido recio e impermeable que en sus orígenes se confeccionaba con el pelo de los camellos y con posterioridad con la lana de las ovejas.

¹⁵ Pacheco Albalate, Manuel (2007: 52-55).

¹⁶ El jesuita de Mataró José Manuel Peramás, que partiría desde el Hospicio de El Puerto para las misiones del Paraguay en la expedición del padre José Vera, en el navío "San Francisco Javier", "El Torero", el 8 de abril de 1755, cinco años más tarde de que lo hiciera el padre Baegert, a su regreso, extrañado por Carlos III en 1768 y alojado en el mismo edificio del que había partido, en su sólido, valorado y documentado *Diario del destierro*, que recoge el historiador de la Compañía de Jesús Guillermo Furlong, ensalza este Hospicio indicando que era [...] *una casa bastante grande y hermosa que las siete provincias de Indias tenían en el Puerto de Santa María.*

en los pisos bajos, por lo que contaba, para refrescar esta inevitable molestia, de ventanas y lumbreras, por supuesto no con la amplitud que él hubiera deseado. Un inconveniente del cálido verano portuense. Pero por el contrario, también podría haber mencionado las excelentes vistas que disfrutaba desde este lugar privilegiado, oteando, como las torres vigías, toda la bahía gaditana. El Hospicio se encontraba entonces en la misma orilla del mar, sin que ninguna construcción pudiera impedir el divisar las bellas imágenes del mar todo surcado de embarcaciones, como a través del tiempo han loado los viajeros que por estas tierras pasaron.

No poseía jardín, a diferencia de otras casas y conventos de la ciudad como ya hemos hecho mención, pero tenía la fortuna de poseer una fuente en el centro del patio, y en la zona alta del edificio los depósitos que le suministraban el agua. Esto implicaba que era una casa privilegiada pues el 2 de agosto de 1736, su superior, que lo era el padre Francisco de Castañeda, compró del Cabildo municipal una paja de agua¹⁷ por el precio de ochocientos ducados de vellón¹⁸, situación excepcional en El Puerto, pues sólo unos pocos acaudalados vecinos, incluidas seis comunidades religiosas a las que se le habían donado gratuitamente media paja de agua, habían podido optar a este beneficio, pagando una abultadísima cantidad para que se le suministrara a sus viviendas las aguas que afloraban en los lejanos, en aquellos tiempos, manantiales de la Piedad en el valle de Sidueña, abasteciéndose el resto de los vecinos de varias fuentes públicas distribuidas por la ciudad.¹⁹

En la planta baja del edificio se hallaba la iglesia con las correspondientes dependencias anexas, varias capillas, una galería y soleado claustro para evitar la humedad que existía en invierno, pues hemos de tener presente que el edificio se encontraba a pie de playa, almacenes en que se depositaban los muchos productos que se remitían a las casas y misiones de Indias, la cocina y el refectorio. A éste se refiere en los siguientes términos:

[...] tiene una longitud de unos cincuenta pies²⁰, pero es tan estrecho que dos no pueden orar uno al costado del otro con los brazos

¹⁷ Caudal de agua que manaba ininterrumpidamente por una tubería de 23 milímetros de diámetro, que era la duodécima parte del pie.

¹⁸ Archivo Municipal de El Puerto de Santa maría (AMEPSM): Escribanía de Cabildo. Escrituras de la ciudad en los años 1736, 1737 y 1738, ff. 205-221.

¹⁹ González Beltrán, Jesús-Manuel (1989: 48).

²⁰ En 1882 el alemán Friedrich Otto Hultsch (1833-1906) definió el pie romano como la longitud de 0,2957 cm., por lo que según este comentario tendría una amplitud cercana a los 15 metros. Debemos tener presente que el Hospicio, y por tanto su refectorio, estaba pensado para alojar a 80 regulares, luego las medidas deberían estar en consonancia con esta premisa.

extendidos, y no tiene más que dos ventanitas. El techo o el piso superior no es nada más que dos vigas situadas sobre la pared y rellenas con ladrillos, cubierto como el papel de pared con telarañas que finalmente conseguí que fueran limpiadas por los novicios. Durante la comida de la noche se cuelgan dos linternas, cada una de las cuales tiene cuatro mechas y velas. Esta clase de lámparas colgantes se encuentran en las sinagogas judías.²¹

Refiere en otro momento las personas que se hallaban alojadas en la casa, y por lo datos que aporta deberían estar casi al completo:

*Aquí, o en los colegios, están estudiando teología cuarenta y siete misioneros de nuestras provincias alemanas. En esta casa se encuentran alemanes, gente de Cerdeña y de España. Hace dos meses treinta y nueve, todos españoles, salieron hacia la provincia de Quito. La mayoría de los que están conmigo irán a México, muchos al Virreinato del Perú, algunos a las Islas Filipinas, y los así llamados “*terram firman*”.²²*

Atendiendo a este texto pudiera parecer que en El Puerto la Compañía de Jesús tuviera varias fundaciones, colegios, además del Hospicio. La realidad era que sólo existía un colegio en fase constructiva que correspondía a los inicios de la Compañía en la ciudad aunque, con lo que tenían edificado por aquellos años, impartían docencia a los jóvenes, tanto de esta localidad como a los de las poblaciones cercanas. Su dotación era de seis ignacianos entre sacerdotes y coadjutores,²³ lo que no era óbice para que a algunos de los padres que se hallaban en el Hospicio a la espera de embarque, se les encomendaran labores docentes en el colegio.

²¹ Pensamos, según esta descripción, que el diseño consistiría en una pletina metálica circular de varios centímetros de altura, de la que partirían, por la parte superior tres cadenas que irían a unirse en el techo, pendiendo de la inferior otras cuatro, menores, que concluirían en un recipiente con la mecha y vela recogidas en un vaso de cristal al modo del tubo del reverbero, aunque bastante más ancha en su base.

²² De la capacidad del Hospicio, que confirman los estudios que hemos realizado en otras ocasiones, valdremos cómo el 16 de junio de 1750 parten dos expediciones de jesuitas desde la Bahía. Una, el navío “El Oriente”, navegó para Filipinas con 29 ignacianos de los cuales diecinueve eran españoles, ocho centroeuropeos y dos de Cerdeña, yendo de procurador el padre Pedro de San Cristóbal. La otra, el también navío “Sagrado Corazón” alias “El Condé”, en la que marchó el propio padre Baegert para México vía Cartagena de Indias, la componían cuarenta y cinco regulares de los cuales dieciocho eran de procedencia germánica, un italiano y tres de Cerdeña, siendo su procurador el hermano Vicente Vera. O sea que entre ambas embarcaciones viajaron setenta y cuatro misioneros, número muy cercano a las ochenta plazas con que contaba el edificio de El Puerto donde se hallaban alojados.

²³ Ruiz de Cortázar, Anselmo-José (1997: 432-435).

En cuanto a la partida anterior a la suya, fue con destino a las misiones de Maynas, Marañón y Amazonas, en la expedición del padre procurador Tomás Nieto y Polo, embarcando en el navío “Nuestra Señora de los Ángeles”, bajo las órdenes del maestre Tomás de la Raigada. La Real Concesión de esta barcada se obtuvo con fecha 27 de septiembre de 1741, pero a consecuencia del ambiente bélico que existía con la Armada británica, la partida no se pudo efectuar hasta el 27 de mayo de 1749, efectivamente dos meses antes de que arribara a la bahía gaditana el padre Baegert.²⁴

Llama poderosamente nuestra atención un par de nuevas referencias a las deficiencias que padecía el Hospicio. La primera es que no contaba con fondos para la alimentación de los futuros misioneros, por lo que cada uno, bien del fondo de la casa de la que procedían, bien del suyo propio, pagaba una cantidad a un asentista que se encargaba de atenderles, al que siempre solía criticar con dureza. Con su sarcasmo habitual declara que:

Nuestra casa no tiene fondos, así que nosotros pagamos nuestra alimentación, que es diariamente seis florines o veinticuatro soles. ¡El desayuno consiste en una taza de chocolate!

También dice que:

Los libros aquí son muy caros y nada frecuentes. Están todos encuadernados en pergamino.

Y más adelante afirma que:

No he encontrado aquí ni el libro más pequeño; no menciono otras cosas. Si no hubiera traído conmigo los libros sobre el Triunfo de Cristo, el del Padre de la Puente²⁵ y algunos otros, no tendría nada para leer más que el grande sobre San Antonio el Ermitaño. Si no hubiera comprado en Génova alguna ropa de hilo y otros menesteres, no me hubiera podido secar las manos y la cara después de

²⁴ Pacheco Albalate, Manuel (2011: 45).

²⁵ Hace referencia al jesuita vallisoletano Luis de la Puente (1554-1624) quien destacó como teólogo y escritor. Entre sus obras cabe destacar *Meditaciones de los misterios de nuestra fe* (1605), *Guía espiritual* (1609) y *De la perfección del cristiano* (1612-1616) 3 volúmenes.

Pacheco Albalate, Manuel (2007: 340): En el momento de la incautación de la biblioteca del Hospicio de Indias en 1767, se hallaban tres colecciones de *Obras espirituales*, ediciones de 1676 y 1690, en cinco volúmenes, así como varios tomos sueltos; *Meditaciones espirituales* (1757) en tres volúmenes; y *Su vida* (1761).

lavarme por las mañanas o lavarme la boca después de las comidas y beber durante el viaje. Tampoco tendría una cuchara para comer si no la hubiera comprado en Augsburg.

La primera de estas referencias, con sus matizaciones sobre el desayuno, es admisible, pero las siguientes no encuadran. Es posible que, con carácter general, los libros no estuvieran muy introducidos en la población, que fueran en pergamino y sólo se hallaran en las casas de importantes familias, como bibliotecas dentro de interesantes gabinetes con importantes obras de arte, que destacaban en la ciudad, caso de la del marqués de la Cañada don Guillermo Tirry, alférez mayor de la ciudad, citada por muchos eruditos e ilustrados, y que visitó y consultó el historiador Anselmo José Ruiz de Cortázar para escribir la que fue primera historia local: “Puerto de Santa María ilustrado y compendio historial de sus antigüedades (1764)”²⁶. Pero con respecto al Hospicio, y conforme al estudio que sobre él hemos realizado, en concreto sobre los libros que se hallaban en dicha casa en el momento del extrañamiento, diecisiete años después, hay que decir que existía una muy buena biblioteca.²⁷ En los años en que se escriben estas cartas, el ilustrado portuense Juan Luis Roche, amigo de Feijoo y de Sarmiento, frecuentaba el Hospicio como centro donde se discutían las nuevas ideas ilustradas,²⁸ por lo que es dudoso que no existiese ningún libro en la casa, cuando él tenía una excelente librería, de la que se decía que se encontraba [...] *lo que basta, y aun sobra, para hacer ventajosos aprovechamientos.*²⁹ Quizás, con reparos, el grueso de la biblioteca se constituyera en los años inmediatamente anteriores a 1767 en que fue incautada.

Estas son las referencias más significativas que aparecen en sus cartas sobre el Hospicio de Indias. Somos de la opinión de que, aparte de enviar información a su familia para que supieran de él, iba también su mensaje directamente a los miembros de la comunidad de la que había partido, con un doble sentido: el de exaltar, una vez más, todo lo germánico, y en segundo lugar que supieran, como así era, de las muchas vicisitudes que iba pasando para alcanzar su deseo de misionar.

²⁶ Buhigas Cabrera, José-Ignacio; y Pérez Fernández, Enrique (1993: 206): [...] *junto al gabinete arqueológico que a continuación presentaremos, llegó a reunir una interesante colección numismática con más de 2.500 piezas y una biblioteca con unos 7.000 volúmenes.*

²⁷ Pacheco Albalate, Manuel (2007: 243-255).

²⁸ Pacheco Albalate, Manuel (2002: 59-61).

²⁹ Pacheco Albalate, Manuel (2002: 62).

III. La vestimenta

Reinaba por estos años en Francia Luis XV El Bien Amado, como fue conocido por sus súbditos en los primeros años de su reinado, cuando surgió, y se proyectó por toda Europa, un movimiento artístico que, entre otras características, gustaba de la elegancia, de los colores suaves y claros, de la vida mundana sin influencias religiosas, girando todo ello en el entorno de la mitología y de la mujer, así como de su vestimenta y de su peinado. Esta corriente, el Rococó, definida por unos como plenitud del Barroco e independiente de él por otros, en sus orígenes se arraigó de una manera especial en Centroeuropa, en una de cuyas regiones, la alsaciana, unas veces francesa y otras alemana, había nacido y se había criado nuestro protagonista, de tal modo que al llegar a España, a El Puerto, hace comparaciones sobre como cubrían sus cuerpos las mujeres y los hombres de allí y de aquí.

Dos referencias hemos encontrado sobre este tema en sus cartas. La primera narra su estancia en las costas malagueñas, cuando viniendo de Génova arribó a Fuengirola y la esposa del gobernador giró visita a su embarcación, departiendo, suponemos, con los jesuitas que en él se hallaban. Dice que:

Las mujeres españolas no saben nada sobre la moda francesa. La esposa del gobernador de Fuengirola tenía su cabello de la misma forma que los clérigos. Cuando vino a visitarnos al barco después de comer, lo tenía hacía atrás clavado con una peineta y no llevaba nada más para cubrir su cabeza.

En este texto hace una referencia directa a la moda que recorría Europa, muy distinta a la que él encuentra en las primeras mujeres que ve en España, y además estas debieron ser señoras de una situación social acomodada.

La siguiente nota es mucho más directa sobre la vestimenta en la ciudad de El Puerto, de cuáles eran las prendas exteriores con que se cubrían los portuenses. Tengamos presente que entre los años 1700 y 1759, durante el reinado de los reyes borbones Felipe V y Fernando VI, el ropaje usual lo constituían la basquiña y la casaca. La primera una especie de falda o saya que, de color negro generalmente, era utilizada para las ocasiones especiales, días de fiestas o acontecimientos sociales. La casaca, aunque utilizada por ambos sexos, era la prenda de vestir predominante en los caballeros, ajustándosele al cuerpo por un cordón de botones que dejaban ver el corbatín dentro de un cuello alto y rígido, y concluía hacia la cintura permitiendo que cayera a su alrededor unos apuestos faldones; completaba su indumentaria unos calzones cortos que terminaban en medias de

seda. Todo el ropaje se confeccionaba con tres elementos: la lana y el lino con carácter general, y las de más lujo con seda.

Pero así vio Baegert como vestían los portuenses:

Durante el día fuera de la casa, las mujeres se visten completamente de negro, envueltas en un velo, incluso las muchachas de tres años. Por la noche, sin embargo, entre las 10 y las 11, cuando pasan por nuestra casa que mira hacia el océano, las mujeres están vestidas de blanco, y también lo son los velos.

La apariencia de los hombres, hasta los niños más pequeños, en domingos y festivos cuando no están vestidos de gala, así como en los días de semana cuando van de paseo, es como sigue: sobre sus cabezas completamente afeitadas llevan un sombrero flexible blanco, una camisola blanca, y una larga capa negra o marrón de camelote. Pero cuando se visten para un acontecimiento especial, llevan una espada, una peluca, un sombrero, una capa, etcétera.

Y tiene también un pequeño comentario para aquellos compañeros que criticaban lo escotados que eran los trajes de la mujer, cuando ellos mismos, por el calor, se habían desprendido de la tirilla o alzacuellos:

¿Cómo se pueden sorprender que las mujeres de este país aparezcan con el escote bastante abierto delante de todos y en todas las ocasiones, cuando los jesuitas pasean por todas partes con los cuellos desnudos?

IV. La gastronomía

En nuestro personaje, con respecto a la gastronomía, se dieron una serie de circunstancias que le llevaron a considerar la comida que le servía el asentista encargado de su manutención en el Hospicio de El Puerto como nefasta, lamentable. Este seguidor de san Ignacio debió disfrutar saboreando una buena y abundante comida al estilo alsaciano. En su región de origen, con influencias francesas y germánicas, la carne de cerdo y de jabalí, con sus muchos derivados, formaban la base de la cocina junto a la carne de aves y los quesos, y en mucha menor cantidad las coles y los espárragos, por lo que podemos deducir que era aficionado a degustar platos fuertes, bien aderezados y grasientos con pocas hortalizas y verduras. Al viajar hacia el sur, se encuentra con que la población tiene otros gustos alimenticios muy diferentes, contrarios a los suyos, se halla con la

tradicional dieta mediterránea, mucho más liviana que la que él acostumbraba a saborear, y esto le produce un vacío, un disgusto, que le aflora en cada momento. Por si no fuera suficiente este cambio, en la ciudad de El Puerto el cerdo, por aquellos años, era sustituido por el cordero, carne que no apreciaba mucho como deduciremos más adelante.

Sobre esta cuestión, el sustento que recibía, la primera referencia la hace sobre una comida deglutida, que no paladeada, al llegar a Italia en su viaje hacia el sur de España, que nos va a servir de preámbulo sobre los comentarios que hará después respecto de la portuense.

Para que su reverencia pueda imaginar una comida italiana, le añado aquí nuestra comida de Cuaresma de ayer, en orden cronológico. El primer plato fue una papilla de avena cocinada con leche, tan espesa que podría haberse mantenido firme fuera de la taza y seguir con su forma. El segundo plato fue una torta cocida en aceite de oliva. El tercer plato se componía de dos patas de un cangrejo cada una de un palmo de longitud, y dos recortes de sus tenazas, servidas frías con varias cucharadas de aceite. El cuarto plato fue una cabeza pequeña de lechuga con tres grandes cebollas frescas y un pedazo de pescado de mar que parecía un trozo de buey. El quinto plato fue una pequeña hoja con manzana, más uvas y queso, lo cual comimos con buen apetito, tanto como nos permitió el tiempo. Pero hay entre nosotros quienes comen carne durante el tiempo de Cuaresma, a saber, aquellos que dan dinero para la cruzada contra los piratas africanos.

Después de recrearse en el relato de los cuatro primeros platos, con el tono irónico y burlesco que le caracterizaba, ve el quinto como gratificante porque se adaptaba a sus gustos, a los alimentos que tomaba con frecuencia en esta zona de influencia francesa, y que además eran de muy buena calidad: el queso y la uva. Aunque, con su punzante manera de expresarse, con sólo tres palabras, *permitted el tiempo*, dio a entender que no fue muy abundante. Hizo referencia a la Cuaresma para justificar el que no le pusieran carne, pero con la nota de que los que pagaban la Bula, sí podían comerla y él no estaba entre ellos.

Con respecto a los menús que le ofrecían en El Puerto, toda su narración es un discurso agudo y mordaz, con un ingenio que en ciertos pasajes puede hacernos reír:

El primer plato siempre son vísceras de cordero, tales como, hígado, etcétera, pero no hay regla sin excepción. El segundo plato es una taza de té grande llena de caldo de cordero con azafrán amarillo, sin carne. El tercer plato, y esto sin excepciones, durante todo el tiempo que estuve aquí, es un plato de guiso a base de calabaza, pepino y guisantes secos con un pedazo de carne de carnero y un trozo de tocino aproximadamente del tamaño de una nuez. Sobre este último no se puede, ni siquiera con un microscopio o una lupa, ver algo de magro o aún carne. El cordero está tan hecho que no necesita cuchillo. Con los guisantes se les puede disparar a los gorriones, y además están mezclados con grandes trozos de calabaza. El primer día el postre para la comida y cena consistió en delgadas ciruelas cocidas, de las cuales tres son como una en otros sitios. En lugar de esto se pueden tomar aceitunas. Aunque me gustan mucho las ciruelas, no me importó no tomarlas, porque los residuos del polvo de los gusanos sobre ellas quedaron atascados entre mis dientes. Ahora no queda nada si no las aceitunas, que se sirven al final de la comida. Los señores españoles [asentistas] no se molestaron en absoluto por el hecho que de seis de nosotros sólo uno las tomara.

Alrededor de una vez por semana se sirven uvas o higos para almorzar. Las uvas se venden baratas la libra, y su sabor es dulce, como se llamaría en algunos sitios de Alsacia. La cosecha es ya a mediados de julio. Hacia el final de la comida te presentan medio litro de agua de nieve fría de la sierra de Granada.

Pensamos que las uvas a que hace referencia pertenecerían a cepas de la variedad *Moscatel*, también conocida como *Moscatel de Alejandría*, que es una de las más antiguas de la zona; de bayas gruesas y de color amarillo pálido, de gran poder aromático y de elevado contenido en azúcar, su maduración puede ir desde mediados de julio, como fruta de mesa, hasta mediados de septiembre en la vendimia para la elaboración de vinos dulces.

Las compara con la *Gewürztraminer*, cepa aromática por excelencia en su región, que, aunque de color verde rosado a diferencia de la gaditana, tiene un sabor dulce semejante a la *Moscatel*, y cuya cosecha se inicia a finales de septiembre y prosigue a lo largo del mes de octubre.

En el mismo tono punzante continúa refiriéndose a la cena, y sigue machaconamente criticando la carne de cordero y lo poco abundante que era:

Por la noche a las ocho en punto se toma una ensalada similar a nuestras espinacas, junto con carnero hervido o frito, y aceitunas. Algunas veces sirven el caldo con algunos pedazos dentro. Con esto se recibe una sopa finalmente. Algunas veces se toman uvas al comienzo, en lugar de ragú. Pero todos los otros procesos son como yo los he descrito. El mismo menú tuvimos el día de la fiesta de San Ignacio (31 de julio) con la excepción de que sirvieron el carnero asado. Yo comí, sin embargo, un pedacito porque estaba lamentablemente pimentado. El vino es un verdadero brandy, solo que tiene menos graduación. En Baviera he bebido peor Kirschwasser. Los platos están hechos de arcilla y silicato, también los recipientes de vinagre y aceite de oliva, pero por lo menos están muy limpios.

Con refinada sutileza narra que pudo comer el carnero asado por el excesivo picante con que había sido cocinado, enmascarando su verdadero sabor, ese que tanto a él le disgustaba. El vino lo considera fuerte, sobrio, al compararlo con el dulce y suave que solía tomar en su tierra; es más, le recuerda un aguardiente, un brandy, que se asemejaba al *Kirschwasser* que era, y sigue siendo, una bebida doblemente destilada del zumo de las cerezas el cual, con una graduación de 40 o 50 grados, tiene un ligero sabor a almendras amargas.

En el mismo tono prosigue el relato de una cena especial en el que incluyeron verduras y tallos de hinojos como mondadientes, estos para darnos a entender, con socarronería, que siguió siendo escasa, y que había poco que eliminar entre los dientes.

La noche antes de Navidad, después de un gran fasto, nos agasajaron con una comida de cuaresma, algo mejor y más usual para una celebración. Entonces nos pusieron nabos blancos y amarillos. La comida es siempre completamente mala, como mencioné anteriormente. Debiera confortarnos que muy cuidadosamente ponen siempre en la mesa entre dos de nosotros un puñado de mondadientes. Están hechos de una planta que tiene un tallo del cual brota el hinojo. Con esto se puede pasar algún tiempo, si el servicio y las comidas no son suficientes.

Mas pasaron siete meses. Se encontraba en el mes de enero del nuevo año de 1750, y cómo había manifestado en su primera carta sobre el adaptarse al calor que soportaba, aquello de [...] *uno se puede acostumbrar a todo*, también en esta ocasión lo repite aviniéndose a las nuevas circunstancias en que se halla

inmerso, acomodándose al diferente régimen de comidas, y hasta es capaz de manifestar las ventajas de esta alimentación para su salud.

Llama también su atención las calabazas que, originarias de Asia según parece, fueron importadas por los españoles de América Central, encontrando en la zona, debido a su temperatura y humedad reinante, unas condiciones climáticas óptimas para su desarrollo, por lo que eran muy abundantes, no habiéndose generalizado aún su consumo por Europa.

Se encuentra creciendo aquí en grandes cantidades una especie de calabaza³⁰ la cual los españoles llaman calabaza. La mezclan con todos los platos, así como más a menudo con una gran cantidad de pimiento español. La razón por la que estoy, de cualquier forma, tan sano, aún más saludable que en otros lugares, entre otras circunstancias, es que como y bebo mucho menos ahora de lo que solía. Por la noche como un pedacito de carnero, y en el almuerzo más o menos lo mismo. Hago esto incluso los festivos, por muy grandes y distinguidos que sean. Sin embargo me levanto de la mesa satisfecho, dispuesto a trabajar y más capaz de hacerlo que otras veces. Además, se nota que el carnero de aquí es incomparablemente mejor y más sabroso que en otros países. ¿Se aprende y uno se acostumbra a todo! ¿Qué bien sabe un pedazo de carnero si no se tiene nada más? ¿Qué bueno está un vaso de agua clara, aún durante las comidas? Si solamente la nieve de Granada no fuera tan cara, pues cuesta seis soles la libra. ¿Qué saludable es esto después de decir la Santa Misa con el estómago vacío? Apuesto que si no estuviera satisfecho con mi pedazo de carnero incluso podría soportar los garbanzos cocinados junto con los pepinos e imaginar que son tan buenos como la coliflor y las manzanas.

Denota la escasez de árboles frutales, con la excepción de algunos cítricos, y expone lo agradable que le hubiera resultado comer una de las preciadas becas que tan comunes eran en su región natal desde finales de septiembre, dentro del proceso migratorio que realizan estas aves, en vez de tanto carnero.

En el campo de los alrededores de nuestra ciudad no he visto árboles frutales como en otros lugares. Hay solamente higueras, olivos,

³⁰ En la carta original aparece escrito *calabaza*, de aquí que se repita dos veces la misma palabra en el texto.

limoneros, naranjos amargos y granados. Con todo esto es asombroso que no tengamos abundantes frutas cítricas en nuestras comidas.

Las fiestas aquí siguen las normas del obispado de Basilea. Después del Domingo de Pentecostés no hay fiestas; después de Pascua de Resurrección, sin embargo, solo uno. Cada sábado se come carne, por lo menos en el obispado local. Se permite toda la carne, incluso becasas aquellos que las tengan.

Por último, con respecto a estas notas sobre la cocina portuense, dice que:

Los españoles ofrecen a sus visitas una clase de crema preparada con especias, que se come con una cuchara.

Creemos alude a las *poleás* que tanta hambre aliviaron en la España de la postguerra tras la contienda civil del siglo XX, hallándose hoy totalmente fuera de las costumbres alimenticias portuenses. Se preparaban a base de harina de trigo y agua, añadiéndosele sal, matalahúga, leche en ocasiones, azúcar y canela, acompañándolas de coscorrones de pan frito.

V. Los baños de mar

De siempre el ser humano le ha tenido un profundo respeto y temor al mar. Lo consideraba un mundo en el que, nada más traspasar sus orillas, las olas que rompían con fuerza o se deslizaban sobre la costa, significaba el adentrarse en un mundo tenebroso y desconocido. En las playas de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), a final del siglo XVII, cuando se había apagado el deseo de los humildes de ir al Nuevo Mundo a hacer grandes fortunas y era difícil contratar marineros que quisieran embarcarse, corría el dicho popular, del refranero español, de *Si quieres aprender a rezar, métete en la mar*. Clara alusión de lo que suponía la abundancia del líquido elemento conformando océanos y mares.³¹

Pero a partir de estos años la situación empezó a cambiar, no en cuanto a las grandes aventuras, los grandes viajes oceánicos que siguieron teniendo un gran riesgo, sino en cuando al considerar sus orillas, las suaves playas, las brisas que en ellas se respiran, como algo saludable, beneficioso para la salud. Si los médicos de la Ilustración se apoyaban en la propia naturaleza para sanar las

³¹ Benítez Carrasco, Luis (1995).

enfermedades del hombre, si la botánica con la multitud de plantas medicinales que se importaban del Nuevo Mundo, tales como la calaguala, la quinina, la coca, el anacardo, entre otras muchas, eran unos excelentes remedios para encontrar la salud, también se ponen los ojos en la mar como portadora de excelentes propiedades que pueden colaborar en el siempre ansiado bienestar.

En este aspecto los médicos ingleses, realizando una mirada retrospectiva a los pueblos romanos de la Antigüedad, que ya en el siglo V a.C. utilizaban el agua caliente en las termas como medio de salud, prescribían a sus enfermos baños fríos de agua de mar. En las primeras décadas del siglo XVII, en 1619, los médicos de Cambridge remitían a sus enfermos a Great Yarmouth a tomar el aire del mar.³² En 1660 el doctor Robert Wittie les indicaba a sus enfermos que tomaran baños fríos de mar, y así progresivamente fueron pasando los años hasta que en 1750 el doctor Richard Russell (1687-1759), publica en latín su obra *De Tabae Glandulari*, donde recomienda el uso del agua del mar para curar una serie de problemas de las glándulas linfáticas. Esta publicación, que en 1752 fue traducida al inglés realizándose en quince años seis ediciones, podemos considerarla como la base a partir de la cual empezaron a propagarse por Europa los baños de mar, no como turismo y recreo, no como asueto y descanso para las clases más pudientes, que luego vendría, sino como baño medicinal popular.

La realeza del momento, siempre con el deseo de tener acceso a las mejores condiciones de salubridad, a través del duque de Cork, hermano del que sería rey Jorge III, visitó las playas inglesas en busca de los baños de mar, y la costumbre, ya con el respaldo de la monarquía, se expandió por diferentes países. Llegó a Boulogne en Francia, a Ostende en Bélgica, y también, aunque con cerca de un siglo de retraso a España, a las playas de San Sebastián, donde el hermano del rey Fernando VII, Francisco de Paula, tomó baños en 1830 y 1833, como prólogo a los que tomaría la reina Isabel II en 1845.³³

Todo lo expuesto con respecto a la talasoterapia nos era conocido, así como la importancia que había tenido la ciudad de El Puerto en este tipo de baños; sabíamos del opúsculo que escribió el médico de la ciudad don Joaquín Medinilla y Bela en 1880 sobre la conveniencia de los mismos unido a la promoción turística de la ciudad;³⁴ de la venida en 1832 del infante Francisco de Paula Antonio con su familia y un numeroso séquito a tomar los baños de mar

³² Larrinaga Rodríguez, Carlos y Pastoriza, Elena (s/f).

³³ Larrinaga Rodríguez, Carlos y Pastoriza, Elena (s/f).

³⁴ Herrera Rodríguez, Francisco; Cabrera Alonso, Juan-Rafael; Márquez Espino, Carlos (1989).

por disposición facultativa; pero aseveramos desconocer que en los albores de estos baños medicinales El Puerto hubiera estado a la cabeza de las ciudades españolas, que en 1749 sus médicos recomendaran a los vecinos tomarlos, como se detalla en el siguiente comentario:

Hacia las cinco de la tarde los sacerdotes van en parejas a dar un largo paseo. Sólo a un cuarto de hora de la calle, donde pasean toda clase de hombres y mujeres, los sacerdotes se bañan. Yo nunca lo hubiera creído si no hubiera visto miembros de diferentes categorías de la orden saliendo de nuestra casa para tomar un baño. El baño debe ser una costumbre general entre los laicos, de ambos sexos, así se pueden refrescar, pero con la diferencia de que las mujeres se bañan por la noche. Los señores médicos están muy dispuestos a recetar a sus pacientes dichas curas de baño en el mes de julio.

Todavía, de estos escuetos renglones, podemos sacar algunas deducciones más. La primera, como ya suponíamos, es que los baños se tomaban en la desembocadura del río, en la parte que hoy está canalizada, pues estando ellos, los padres jesuitas, viviendo a orillas del mar, en los que hoy es la calle Los Moros, los baños no se realizaban en sus proximidades, sino que andaban como quince minutos desde el Hospicio para llegar a donde paseaban *toda clase de hombres y mujeres*, luego podríamos situar la zona de tomar los baños en la ribera del río, en lo que era la zona de paseo de la ciudad, en lo que bastantes años más tarde sería el Parque Calderón. La otra es con respecto al baño nocturno de las mujeres. Dos motivos nos llevan a pensar el porqué lo realizaban en ese momento: uno podría ser, quizás con seguridad, por recato, por ponerse a buen resguardo de miradas indiscretas; y el otro por evitar, de acuerdo con la moda de la época, que los rayos solares broncearan su piel.

Por último, hemos sopesado por qué en época tan temprana se había hecho costumbre en esta ciudad el que los médicos aplicaran la talasoterapia, creyendo que pudo ser introducida en la zona por los muchos cargadores a Indias que, provenientes de diversos países europeos, aquí se asentaron.

VI. Las costumbres religiosas

Nos encontramos en plena mitad del siglo XVIII. Las ideas Ilustradas que ya recorrían Europa, que habían llevado a una buena parte de la sociedad a ser más irreligiosa y heterodoxa, aún no se habían implantado en España con fuer-

za. Son los años de la transición entre las tradicionales creencias religiosas basadas en el fanatismo, la superstición y la milagrería, y la introducción de la facultad de discurrir, de discrepar, de razonar, de experimentar, de no aceptar nada porque nos venga impuesto sin, al menos, tener derecho a cuestionarlo. Son los años en que las personas cultas buscan un método, una manera de obrar y proceder para mejorar la desdichada y pobre vida que arrastra una amplia parte de la sociedad. Es el momento en que individuos sensibles desean mejorar los grandes desequilibrios económicos que son patentes, cuando, a modo de ejemplo, unos oran en el templo apoyados en el duro suelo, mientras otros, mejor otras, van a la celebración de la Eucaristía haciéndose acompañar de un criado que, entre otras ayudas, les lleva la silla para que descansen plácidamente, como más adelante nos dirá Baegert.

Esta corriente de transformación de las viejas tradiciones y de sus vivencias religiosas, va introduciéndose lentamente, pero bajo dos aspectos bien diferenciados. Por una parte formarán grupo los que tienen estas inquietudes, que además, coincidencias de la vida, son acomodados e instruidos, aceptando un deísmo religioso que no les aparta de su Dios en tanto en cuanto puedan enmarcarse dentro de la razón, de la ortodoxia católica, sin que esto implique una renuncia de las propias leyes de la naturaleza, de tal forma que un hombre puede ser rico, culto, justo, honesto, sin tener en cuenta cuáles son sus convicciones religiosas. Por otra parte, la gente humilde, los que no poseían nada, los pecheros, los que dependían de las condiciones climáticas para poder subsistir, como ocurrió en aquel año de 1750³⁵ donde no hubo lluvias en muchos meses y la tierra cuarteada no dio ni el uno por ciento en vez del ciento por uno, seguían pensando en un Dios recto, imparcial e implacable, a diferencia de un padre comprensivo y misericordioso que se apiadara de ellos. Un Dios al que era difícil acceder, al que era necesario rogarle insistentemente con sacrificios para que perdonara las muchas culpas, los muchos pecados. Y de inmediato, grandes rogativas, imploraciones a ese Dios maltratado para que se aviniera a tener compasión de ellos porque, no habían sido las leyes de la naturaleza las que no traían la bendita lluvia, sino el castigo de un Dios ofendido.

Parece como si los españoles sobrepasan con su piedad a muchas otras naciones. Durante mi estancia aquí he visto en la iglesia a muchos oficiales arrodillados rezando el rosario. Y durante la Santa Misa golpean sus pechos con fuertes suspiros. También he observado que, entre la gente joven, ni en Italia ni en España hay tanta fiesta y desenfreno como vi en la juventud alemana.

³⁵ Iglesias Rodríguez, Juan José (2004: 63).

Y continúa dibujando en sus cartas el comportamiento de los portuenses en los templos:

En la iglesia, así como en sus casas, se sientan en el suelo, por lo menos la gente común. Pero también he observado que gente de clase superior se sienta en el suelo. Los niños no llaman a sus padres padre y madre; usan sus nombres y los llaman señor y señora.

En la elevación durante la Santa Misa, las mujeres suspiran sonoramente y golpean sus pechos. Como no hay sillas en las iglesias, todos se arrodillan juntos en el suelo como hacen los turcos en sus mezquitas. Y como están vestidas de raso negro con grandes sombreros de alas blancas que siempre suenan, forman un gran revuelo. Siempre llevan el rosario con ellas.

Hasta la mitad del pasado siglo, posiblemente siguiendo esta práctica o costumbre, era corriente en la Iglesia Mayor Prioral de El Puerto, y en otras iglesias de diversas localidades, que las señoras, en las grandes celebraciones religiosas, acudieran a recoger, en una estancia determinada, el lujoso reclinatorio que allí tenían depositado, algunos con el nombre y apellidos grabados.

Pero sigamos con el padre Baegert y veamos cómo con su acostumbrada agudeza y penetración del ambiente que le rodeaba, detecta la profunda religiosidad de los portuenses, y con no menos sagacidad se fija en los escasos bancos que existían en las iglesias, y cómo estos, en lugar de estar orientados hacia el altar mayor, hacia el lugar donde es normal que se celebre la Eucaristía, el “Santo Sacrificio del Altar”, estaban orientados hacía el púlpito. La razón estaba, quizás él no lo percibió, en que el templo cristiano se había transformado, sobre todo, en el lugar donde los grandes predicadores transmitían a unos fieles disciplinados, bajo profundos, elocuentes y dramáticos sermones, los principios fundamentales de la religión. Incitaban a la conversión de sus oyentes, a cambiar sus vidas de pecadores, cuando la realidad es que eran duras, tristes y deplorables. Por todo ello el púlpito, el pequeño estrado elevado, se convierte en el protagonista del templo cristiano. Caso del año 1752 en que el jesuita navarro, de Tafalla, Pedro Antonio Calatayud, dentro de su periplo de sermones por todo el territorio español, visita El Puerto, su Iglesia Mayor Prioral, haciendo lanzar profundos gemidos y lamentos a un público enfervorizado que abarrotaba el templo y pedía, entre sollozos, perdón por sus muchos pecados.³⁶ O cuando años des-

³⁶ Pacheco Albalate, Manuel (2004: 382).

pués realiza unas jornadas misioneras fray Diego José de Cádiz, en las que participó todo el pueblo, incluido el propio conde O'Reilly, quedándose pequeña la Iglesia Prioral y debiendo impartir sus impactantes sermones en la Plaza del Polvorista.³⁷

Con referencia a las iglesias, difícilmente se pueden encontrar bancos en ellas; cuando existen, entonces no están encarados al Altar Mayor, si no al púlpito. Para las damas más nobles un criado le lleva un taburete o un sillón a la iglesia cerca del confesionario e incluso a la puerta de la comunión. Y algún tiempo después de recibir la comunión, el criado le entrega a su señora un vaso de agua.

Apartado especial es el que dedica a la Patrona la Virgen de los Milagros. Al igual que al llegar al entorno de la bahía percibió rápidamente lo usual del viento de levante en la zona, de la misma forma, nada más salir a las calles cercanas al Hospicio y cruzarse con sus vecinos, denotó que la ciudad, la que ha sido conocida durante siglos como Santa María del Puerto o El Puerto de Santa María, era una población profundamente mariana, donde sus pobladores le profesaban a María, a la madre de Jesús, un tremendo respeto y veneración. Los portuenses podrían ser, y esto suponemos trasladable al día de hoy, más o menos creyentes, practicantes o no, pero todos dirigirían sus plegarias a la Madre Milagrosa, y, a no ser por un gran impedimento, acudirían cada 8 de septiembre, conmemoración según la tradición cristiana de su natividad y día de de su festividad, a verla en su recorrido procesional. No ha muchos años, cuando aún en el entorno de El Puerto existían tierras de labranzas de cereales y arenales cultivados de vid y verduras, cuando labradores y mayetos vivían durante todo el año alejados de la ciudad pernoctando en débiles, pero útiles chozas de juncos, en la festividad de la Virgen, la familia abandonarían las duras labores del campo y, tomando su más sencillo medio de locomoción, el borrico, marcharían a El Puerto.

Este es un lugar de peregrinaje a la muy santa Virgen María, por la cual esta ciudad tiene su nombre. Durante la festividad del nacimiento de María se ven muchos forasteros, también marido y mujer, sentados con devoción juntos sobre un borrico.

Recientemente Roma ha enviado una indulgencia la cual permite a los sacerdotes decir tres misas en la fiesta del Día de Todos los Santos, y esto hasta las dos de la tarde. Pero cada sacerdote está

³⁷ Pacheco Albalate, Manuel (2002: 174).

fuertemente obligado a decir la segunda y tercera misa por los difuntos cristianos de la comunidad. En su servicio, usando las mismas palabras, uno se tiene que volver a cada uno de los presentes y preguntarle cómo se encuentran de salud.

Es bastante común que aquellos que ayudan al sacerdote en el altar durante la misa usen una espada en su costado y lleven el sombrero debajo del brazo. El otro día me complació ver un oficial de la milicia, un capitán de caballería, llevando un estandarte de la Santísima Virgen en una procesión. Sus estandartes tienen dos alas puntiagudas hechas de seda, preciosamente bordadas, y aquí y allá adornadas con plata. El mástil de la bandera, sin embargo, mide solo 8 pies. Los hombres y las mujeres nunca van juntos en la procesión, o van solo los hombres o las mujeres. Muy a menudo tienen procesiones por la noche.

El último párrafo de este texto pudiera estar relacionado con las hermandades de penitencia locales, referirse a la muy antigua Hermandad del Santísimo Cristo de la Veracruz, la más antigua de la Semana Santa portuense cuya fundación se apunta a los primeros años del siglo XVI, y con reglas desde 1568; o a la cofradía de la Hermandad de la Humildad y Paciencia de Cristo y esclavos del Santísimo Sacramento, cuyos orígenes se apuntan en el monasterio de los padres mínimos de la Victoria en la primera década de 1610; o al Nazareno, que se funda en 1674 en el antiguo convento de San Agustín, siendo patrón y protector de las Galeras Reales de España que invernan en esta ciudad; pero no creemos que aluda a éstas, pues el texto está extraído de una carta anterior a pasar en la ciudad la Semana de Pasión o Semana Santa con sus celebraciones procesionales. Más bien nos inclinamos a pensar que la reseña es relativa a los “Vía Crucis” que, partiendo de la iglesia y convento de San Francisco de la Observancia, donde se hallaba establecida la Orden Tercera de la Observancia de San Francisco y es hoy parroquia a cargo de la Compañía de Jesús, recorría toda la larga calle de Las Cruces, de ahí su nombre por las cruces que adosadas a la pared marcaban las estaciones de penitencia, e iba a concluir en la ermita del Calvario o Santo Entierro de Cristo en los extrarradios, por aquellos años, de la ciudad, en las cercanías del Monasterio de la Victoria.

Por último en este apartado hay una referencia a la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, cuya celebración para los católicos tiene sus hondas raíces desde tiempos muy remotos, aunque no fue hasta el cercano 8 de diciembre de 1854 cuando el Papa Pío Nono, en su bula *Ineffabilis Deus* proclamó que María “por un privilegio único, fue preservada de la mancha original desde el primer instante de su concepción”. No obstante, en este siglo XVIII se entabló

un arduo debate entre los conservaduristas o escolásticos y los modernos o reformadores, de aquí que cada vez que un miembro ingresaba en una de las muchas academias que se fundaron en este siglo, antes de su discurso de incorporación, juraba que se adhería al misterio de la Inmaculada Concepción.

Como parte del ritual de las celebraciones siempre ha aparecido el fuego, aunque según el etnólogo José-Ramón López de los Mozos [...] la costumbre de encender las hogueras la víspera de la Inmaculada comenzó en el año 1670 y se ha mantenido desde aquellos tiempos.³⁸ Debió ser un bonito espectáculo, dentro de la obscuridad nocturna de aquellos años, el ver todo el contorno de la bahía gaditana, ventanas, balcones y calles, llenos de luminarias con la participación de los vecinos.

Por la noche antes de la Concepción de María (8 de diciembre), nuestra ciudad, así como Cádiz y otras, estaba preciosamente iluminada.

VII. Diversos aspectos de la vida urbana

Vuelve a centrar su atención sobre la manera de vestir de los vecinos de la ciudad, del modo como ciertas señoras iban a la iglesia, por supuesto no las humildes y sí las más cercanas al entorno en que él se desenvolvía, esposas e hijas de acaudalados comerciantes y cargadores a Indias. Éste asistir en coches de caballos a los actos religiosos en las iglesias, no tuvo que ser muy diferente del que nosotros observamos en nuestra niñez, cuando uno de estos carruajes de tracción animal acudía, con un característico timbre que apartaba a los peatones, llevando a una señora toda enjoyada que, con puntualidad matemática, iba a la iglesia de las Esclavas, antiguo Hospital de la Caridad, a la exposición del Santísimo cada tarde.

Las mujeres usan el velo cuando van a la iglesia en coche. Al frente de estos sólo tienen mulas. En una de ellas se sienta el cochero, conduciendo gravemente paso a paso. Entre los soldados españoles y franceses no hay diferencia. Aquí viven muchos caballeros. Cuando montan a caballo llevan, además de su sombrero flexible, una casaca roja con alas, las cuales, sin embargo, cuelgan solamente hacia los pantalones.

³⁸ López de los Mozos, José-Ramón (s/f).

Los hombres de la ciudad usan sombreros blancos y zapatos, que está muy de moda.

Y observa con extrañeza como:

Las mujeres aquí nunca trabajan fuera de casa. Esta es la razón por la que sólo se ven varones en el mercado, que también hacen de jardineros durante todo el año. No solamente las mujeres mundanas, como mencioné arriba, sino también las mujeres en los conventos se sientan en el suelo cuando se les visita.

Efectivamente, al igual que luego en el siglo XIX y ya bien entrado en el XX, la función fundamental de la mujer estaba en la casa, donde era la parte esencial de la familia.³⁹

En otro momento centra su mirada sobre unos compañeros del Hospicio, naturales de Cerdeña, que portaban gafas, considerándolas no como material corrector de la visión sino como un lujo de la época. No debió saber de su uso desde antigüedad, pues en los últimos años de la Edad Media encontramos retratos de pintores cuyos personajes las llevaban, monoculares, aunque su empleo se generalizó con la invención de la imprenta, al dejarse de difundir los libros en copias manuscritas y ser estos, con la nueva técnica, más asequible a muchas personas.

Las gafas ya no están de moda. Pero aquí tenemos dos misioneros de Cerdeña que hablan español, como lo hacen todos los habitantes de la isla. Esos dos corren y pasean por todas partes con las gafas en las narices no solo en la casa si no también en el campo. Y algunos de nuestros teólogos de Córdoba se han aprovechado tanto de las gafas que fueron dispensados de la molesta escritura. Manifestaban que su vista se había debilitado por el uso de las gafas.

Con la lectura de la siguiente apostilla comprendemos mejor el porqué escribió sus extensas cartas con una letra minúscula, muy apretada y pequeña. En El Puerto de aquellos años corría con facilidad la plata, era una ciudad rica y por lo tanto debería haber más demanda que oferta, con la inevitable alza de los precios:

³⁹ Pacheco Albalate, Manuel (2011: 39-62).

Aquí está todo muy caro, a modo de ejemplo una simple hoja de papel cuesta doce coronas alemanas, como en Alemania, puede ser a causa de la abundancia de dinero. Hay muchos moros, hombres y mujeres, que todos usan prendas españolas. A causa del gran calor del sol, los viajes se hacen por las noches, incluso nuestra gente.

En éste otro momento habla de cómo:

Los españoles normalmente no tienen relojes. Son demasiado perezosos para darles cuerda. A lo largo de todo el día están ociosos o van a pasear por las callejuelas con sus capas puestas.

y vuelve a tirar sus afilados dardos sobre la sociedad local con una metáfora que creemos necesario aclarar, pues no es su intención hablar de relojes sino que, con su fino estilo que a veces es difícil descifrar, da a entender que era una ciudad de personas desocupadas que, bien vestidas y sin prisas, deambulaban por ella. Esta situación, que tiene todo el aspecto de verosimilitud, hay que enmarcarla en los años que se escriben las cartas. Nos hallamos en las últimas décadas del Antiguo Régimen, y en una ciudad como la de El Puerto llena de grandes comerciantes que había llegado de muchos lugares de España y del extranjero, de nobles y de hidalgos, y de otros tantos que aspiraban a conseguir este estado, donde se menospreciaba el trabajo manual que hacía perder la condición de noble, y cuyas únicas actividades, además de pasear, ir de caza o acudir a fiestas, se centraban en aumentar sus ya crecidas rentas. Hemos también de considerar que existían poco artesanos, como en otro momento manifiesta, y que el grueso de los pecheros, el porcentaje de vecinos más abultado, no vagaban por las calles portuenses, sino que se hallaban en los campos de las afueras, en las importantes fincas agrícolas de los acaudalados señores dejando sus sudores y sus energías a cambio de lo imprescindible para subsistir.

Entre la serie de descripciones que realizó sobre las costumbres más significativas, o aquellas que más le sorprendieron, otras dos más son dignas de mención. La primera es sobre el tabaco, aquel que se dice que importó el marinero Rodrigo de Jerez, quien navegaba con el descubridor Cristóbal Colón, cuya iniciativa de traerlo a la metrópoli consumiéndolo y compartiéndolo con otros navegantes le acarreo el que el Tribunal de la Inquisición pusiera sus ojos en él condenándolo y encarcelándolo por practicar algo pecaminoso. Lo cierto es que desde entonces, y desde la marinería, se propagó este hábito por sectores marginales, para más tarde evolucionar su consumo hacia grupos de posiciones económicas más elevadas, viendo en ello la Corona un medio de obtener sucu-

lentos ingresos, por lo que creó, con la elaboración de esta planta, un monopolio. Así en 1684, la primitiva fábrica de tabacos, de carácter privado, fundada en Sevilla en 1620 en la Plaza de San Pedro de Argüelles, se convirtió en la Real Fábrica de Tabacos.⁴⁰ Aunque en España en 1750 ya estaba muy extendido el consumo de tabaco fumado, parece que en Centroeuropa o no lo era tanto, o no era muy conocido por Baegert, motivo por el cual realiza este comentario:

Muchos españoles fuman el tabaco envolviéndolo en un largo papel, prendiéndole fuego, poniéndoselo en la boca, inhalando el humo, y soprándolo hacia fuera de nuevo a través de las ventanas de la nariz como si fueran dos tubos de chimenea.

La siguiente cita es puramente anecdótica, sin que le hallamos encontrado algún tipo de explicación, por lo que la tomamos como una costumbre más de los portuenses.

Aquellos entre los clérigos que tienen la graduación de doctor llevan, como muestra de su logro, una pequeña barba de chivo colgada de la parte inferior de su barbilla.

Y continuamos con otras reseñas. Anteriormente hemos aludido a que la Compañía de Jesús tenía, en este siglo, dos fundaciones en El Puerto: el tantas veces mencionado Hospicio de Indias y el Colegio de San Francisco Javier que se encontraba en fase constructiva, cuyos orígenes se remontaban a un 4 de octubre de 1633 en que doña Catalina Cerrato otorgó testamento, con todos sus bienes, para su fundación a fin de que se creasen “[...] escuelas de leer, escribir y contar y estudios de Latinidad, Artes y Teología”, aunque aún debería pasar casi un siglo para que se hiciese realidad, es decir hasta el 20 de septiembre de 1730 en que el Supremo Consejo de Castilla concedió la preceptiva autorización.⁴¹ Sobre la labor, sobre su funcionamiento, es la siguiente nota:

Uno de los profesores de teología dictó el pasado año entero a los estudiantes sólo lo que a él le gustó. Esto también ocurre en otros cursos. Lo que no escriben los estudiantes durante las lecturas públicas, lo aprenden en casa. Sin embargo, las escuelas de primaria no dan ningún trabajo para casa a los estudiantes; no tienen nada que estudiar o aprender en casa. Por esta razón todo el trabajo se acaba tan pronto como salen de la escuela.

⁴⁰ Rodríguez Gordillo, José-Manuel (2003).

⁴¹ Pacheco Albalate, Manuel (2007: 46-52).

En otro momento nos dice que

Una cosa extraña es que los españoles no creen que vaya contra su dignidad burlarse de un extranjero tan pronto como pone sus pies en tierra española, si no hablan perfecta y bonitamente su lengua. Pero los españoles, por otra parte, tienen miedo y cuidado de no hablar latín, a pesar de que se les enseña durante algún tiempo este idioma en las escuelas.

Está claro que por estos años ni comprendía el castellano ni lo hablaba, y que debía recurrir constantemente, para hacerse entender, al latín. Esta situación le debió hacerse sentir incómodo en un lugar donde todos hablaban, incluidos los extranjeros, la lengua de Cervantes, de aquí que para conformarse traslade su dificultad de comunicación hacia los demás, hacia los vecinos de la localidad que no tenían los grandes conocimientos que él había adquirido sobre la antigua lengua hablada por los romanos. Tengamos presente que el padre Baegert, en sus cartas, se dirigía a su familia, a sus hermanos también religiosos, en latín.

En este repaso, o paseo por la ciudad de El Puerto de la mano de las cartas de este jesuita alsaciano, también se encuentran alusiones a las plantas de aloe que tan de actualidad están por sus muchas propiedades dermatológicas, sobre la vid que se cultivaba en suelos arenosos⁴² y sobre el periodo de lluvias que no comienza hasta bien entrado el mes de octubre:

He visto con admiración las uvas más preciosas creciendo cerca de la ciudad. Crecen en suelo arenoso sobre el cual asombrosamente, ni cerca ni lejos se ve hierba verde crecer. Los márgenes de los jardines consisten mayormente de plantas de aloe cuyas hojas o ramas mayores tienen la forma de un sable. Son tan anchas y fuertes que me puedo mantener sobre ellas sin ningún peligro a que rompan. La mayoría de las veces las uvas maduran hacia final de julio. No se vendimian, sin embargo, antes de comienzos de octubre. No hay peligro a que se pudran a causa de la ausencia de lluvia. La vid es muy pequeña; las uvas que cuelgan de ellas, sin embargo, son mucho mayores que en otros sitios. Hay varias que son mayores que las mayores que yo haya nunca visto.

⁴² Maldonado Rosso, Javier (1999).

Recién llegado a España, cuando solamente llevaba veinte días en el Hospicio de Indias, se quedó muy impresionado con los acontecimientos acaecidos al caer la noche del miércoles 30 de julio de 1749 en que se puso en funcionamiento un plan perfectamente diseñado por el marqués de la Ensenada, con el fin de controlar y someter a la raza gitana que vivía en España⁴³, y de esta forma manifestó su parecer:

Durante muchos años [los gitanos] vivían entre los españoles en todas las provincias del reino en el país y en las ciudades. Eran dueños de los estados, estaban bien, católicos y bien considerados. No había otra diferencia entre ellos y los españoles más que ellos se llamaban a sí mismos gitanos y eran llamados así por los otros. En agosto pasado, todos ellos, sin un mal sueño, fueron capturados y encarcelados el mismo día, después que se diera la orden en todas partes. Fueron encarcelados, sin embargo, separados, aquí los hombres, allí las mujeres, y en otro sitio los niños. Un gran número de hombres fueron traídos a Cádiz por la caballería española. El número de mujeres dicen ser unas ochenta mil. No sé cuáles han sido las razones para esto. El Rey mantiene muy en secreto sus intenciones.

Y concluye esta serie de cartas indicando, cómo ya habíamos supuesto con anterioridad sobre su finalidad, que:

Por cierto, lo que he escrito hasta ahora, y lo que todavía escribiré en el futuro acerca de la miseria, problemas, disgustos y quejas que he experimentado aquí y allí acerca de las formas y costumbres de gente diferente, solamente está hecho con el propósito de darles, a Su Reverencia [a sus hermanos y familia], y a cualquiera que lea estas cartas [principalmente a los miembros de su comunidad religiosa], a conocer lo que pasa en el mundo y con qué clase de gente tiene uno que vivir y tratar. Escribo acerca de ello especialmente así que puedas pedirle a Dios en tus oraciones, cuyo poder y efecto percibo, para darme la paciencia necesaria. Estos problemas y dificultades no cesarán, si no con la ayuda de Dios, los soportaré y superaré más fácilmente con el tiempo. Pero esto en absoluto significa que no viva consolado y satisfecho. Por el contrario, aseguro a Su

⁴³ Pacheco Albalate, Manuel (2004: 128-130). Con respecto a este tema, y a otros relativos a El Puerto en el siglo XVIII, véase Iglesias Rodríguez, Juan José (1991).

Reverencia que estoy actualmente más encantado, alegre y feliz que he estado en los días de mi vida.

El próximo viaje desde Europa a América será probablemente mucho más problemático y peligroso que el de Génova, el cual soportamos. Pero no le tengo más miedo que si cruzara un río o viajara de un colegio a otro. Nos han dicho que nuestra partida será a mediados de febrero. Seremos más de cuarenta, todos jesuitas, destinados a la provincia de México.

La partida se realizó, en la misión del hermano Vicente Vera, el 16 de junio de 1750 en el navío francés Corazón de Jesús «El Condé», arribando a destino, al puerto de Veracruz, el 22 de agosto siguiente. Cuando llegó al colegio San Gregorio de México fue destinado a las misiones de las Californias, (San Luís), de los indios guaicuras, donde siempre permaneció hasta la llegada de la orden de extrañamiento de Carlos III. En su deportación camino de Italia, embarcó en el navío “Paños” en el puerto de Loreto, el 5 de febrero de 1768, hasta el de San Blas, por el Mar de Cortés, o Golfo de California. En la embarcación “Santa Ana” navegó desde Veracruz a La Habana, iniciando la nueva singladura el 13 de abril de 1768 para arribar a La Habana el 5 de mayo del propio año, con la quilla del barco completamente podrida, por lo que fácilmente pudo haber zozobrado. Hasta el 18 de dicho mes fue albergado en una casa de campo perteneciente al marqués de la Real Proclamación, junto a la iglesia dedicada a la Virgen de Regla. Para realizar la gran travesía oceánica volvió a embarcar, con el capitán Joaquín de la Cruz y Soto, comerciante simpatizante de los ignacianos, el dicho día 18 de mayo de 1768 debiendo soportar durante la travesía una gran tempestad que hizo, hasta en tres ocasiones, partirse la cuerda del timón. El 9 de julio de 1768 consiguieron alcanzar la bahía gaditana, y ya en El Puerto fue asignado, en tanto se realizaba la nueva partida, a la casa de Guía.⁴⁴

Después de una espera de ocho meses, en el barco holandés “Señora María”, salió para Ostende con otros 18 regulares, los únicos Centroeuropeos que volvieron a sus países natales.⁴⁵ La partida estaba prevista para el 16 de marzo de 1769, pero las condiciones climáticas, el temporal de levante, lo impidieron hasta el día 19 de dicho mes, alcanzando el puerto previsto el 13 de abril de 1769.⁴⁶

Una apasionante aventura, nunca prevista por él, de justamente de veinte años.

⁴⁴ Pacheco Albalate, Manuel (2011: voz Baegert).

⁴⁵ Fernández Arrillaga, Inmaculada (2009).

⁴⁶ Pacheco Albalate, Manuel (2011: voz Baegert).

Referencias bibliográficas:

- BUHIGAS CABRERA, José Ignacio; PÉREZ FERNÁNDEZ, Enrique (1993): “El marqués de la Cañada y su gabinete de antigüedades del siglo XVIII en el Puerto de Santa María” en Beltrán, J. y Gascó, F., eds., *La antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia antigua en Andalucía*, Sevilla, pp. 205-221.
- BENÍTEZ CARRASCO, Luis (1995): *Dichos y cosas de Cádiz*, Cádiz, Quorum Libros Editores.
- FERNÁNDEZ ARRILLAGA, Inmaculada (2009): *Jesuitas rehenes de Carlos III: Misioneros desterrados de América presos en El Puerto de Santa María (1769-1798)*, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, Concejalía de Cultura.
- FIERRO CUBILLA, Juan-Antonio (1992): “La Catedral Vieja de Cádiz: Un enigma histórico-arqueológico” en *Anales de la Universidad de Cádiz 1992-1993*, pp. 89–100, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones.
- GONZÁLEZ BELTRÁN, Jesús-Manuel (1989): *Abastecimiento de agua en El Puerto de Santa María del siglo XVIII “La Obra de la Fuente”*, El Puerto de Santa María, APEMSA Aguas del Puerto.
- HERRERA RODRÍGUEZ, Francisco; CABRERA ALONSO, Juan-Rafael; Márquez Espinós, Carlos (1989): “Joaquín Medinilla y Bela (1839-¿?) y su opúsculo Baños de mar del Puerto de Santa María” en *Revista de Historia de El Puerto*, n° 2, pp. 91-100.
- IGLESIAS RODRIGUEZ, Juan-José (1991): *Una ciudad mercantil en el siglo XVIII: El Puerto de Santa María*. Sevilla, Muñoz Moya y Montraveta, editores.
 - (1992): *Puerto de Santa María. Según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*. Madrid, Tabapress.
 - (2004): *Memorias de un mercader a Indias. Imágenes de España y América en el siglo XVIII*. El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, Concejalía de Cultura.
- LARRINAGA RODRÍGUEZ, Carlos; PASTORIZA, Elena (s/f): *Origen y desarrollo de dos balnearios atlánticos entre el fin de siglo y la crisis del treinta, San Sebastián y Mar de Plata. Un ejercicio comparativo*. Universidad de Granada, Universidad de Mar de Plata. En <http://www.kongresuak.ehu.es>
- LÓPEZ DE LOS MOZOS, José Ramón (s/f): *Hogueras de la Purísima*. En <http://www.dialnet.unirioja.es/articulo?codigo=2801127>
- MALDONADO ROSSO, Javier (1999): *La formación del capitalismo en el marco del Jerez. De la vitivinicultura tradicional a la agroindustria vinatera (siglos XVIII y XIX)*. Madrid, Huerga y Fierro, editores.

- O'NEIL, Charles; DOMÍNGUEZ, Joaquín-María (2001): *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús, bibliográfico-temático*, 4 tomos, Institutum Historicum SI, Roma, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.
- PACHECO ALBALATE, Manuel (2002): *Erudición y administración pública en El Puerto durante el siglo XVIII: el ilustrado Juan Luis Roche*. El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, Concejalía de Cultura.
- (2004): *Una visión del siglo XVIII: Cartas del erudito Roche al benedictino Sarmiento*. El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, Concejalía de Cultura.
- (2007): *El Puerto: ciudad clave en la expulsión de los jesuitas por Carlos III*. El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, Concejalía de Cultura.
- (2011): *Jesuitas expulsos de ultramar arribados a El Puerto de Santa María (1767-1774)*. Cádiz, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones.
- (2011): "Setenta y cinco años en la vida de la mujer portuense (1845-1920)", *Pliegos de la Academia de Bellas Artes*, Nº 17, El Puerto de Santa María
- POLAR, László (1990): *Bibliographie sur l'histoire de la Compagnie de Jésus*, tomo III: *Les persones*, Roma.
- PALOMARES LOSADA, Ana-María (2002): *Caracterización del régimen de vientos y desarrollo de un modelo de predicción eólica a escala local en el estrecho de Gibraltar*. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de CC. Físicas, Madrid.
- RODRÍGUEZ GORDILLO, José-Manuel (2003): *La difusión del tabaco en España: Diez estudios*. Sevilla, Universidad de Sevilla, Servicio de Publicaciones.
- RUIZ DE CORTÁZAR, Anselmo-José (1997): *Puerto de Santa María ilustrado y compendio historial de sus antigüedades (1764)*, Edición y estudio: Manuel Pacheco Albalate y Enrique Pérez Fernández. El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, Concejalía de Cultura.
- SCHULZ-BISCHOF, Elsbeth (1982): *The letters of Jacob Baegert, 1749-1761, Jesuit Missionary in Baja California*. Los Angeles, Dawson's book shop.